

No tardaron en convencerse de lo equivocada de su creencia.

—Tomad vuestras varas,—les dijo Ponce,—que os devuelvo en virtud de las facultades que tengo.

Como se vé, aquella ceremonia no habia tenido otro objeto que el de confirmar, por decirlo así, en sus destinos á las autoridades de las Indias.

Dirigiéndose despues á Hernan Cortés, le notificó tambien la órden de entregarle la vara.

Cuando hubo verificado, dijo Luis Ponce con acento de autoridad, pero sin altanería:

—Esta del señor gobernador quiero yo para mí.

Cortés y todos los del cabildo besaron sucesivamente los reales despachos, y poniendo una mano sobre ellos y la otra sobre el corazon, juraron solemnemente que en todos tiempos cumplirian fiel y lealmente cuanta en ellos se mandaba.

Un escribano real que acompañaba á Luis Ponce sacó testimonio de aquel acto.

Antes de que se disolviera la reunion, dió el mismo funcionario lectura de auto, por medio del cual se ponía en conocimiento de todos que iba á comenzar la residencia de Hernan Cortés, y que por lo tanto podian acudir á exponer sus quejas los que por cualquier concepto se creyesen agraviados.

Este auto dió origen á animados diálogos, que reproduciremos en el siguiente capítulo.

Capítulo LXXVI.

Hambre y peste.

—Bien dice el refran,—exclamaba uno,—que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Hernan Cortés, cuya soberbia le habia llegado á hacer creer que era omnipotente, se vé reducido á tener que sufrir que se fiscalicen sus actos, y quién sabe lo que podrá sucederle.

—El que nada tiene de qué acusarse, no puede temer á todos los jueces del mundo.

—Pues lo que es yo no quisiera estar en su pellejo.

—Si los que han de juzgarle obran con arreglo á justicia, saldrá triunfante siempre.

—Pero hay que tener en cuenta que como su con-

ducta ha hecho que se conviertan en enemigos suyos muchos de sus más ardientes partidarios, las declaraciones de estos han de perjudicarle mucho.

—Yo reto á todos,—dijo con acento agresivo uno de los circunstantes,—para que se me diga en qué ha delinquido nuestro valiente caudillo. El que sea tan miserable que se atreva á sostenerlo, que se ponga en guardia. Ya estoy cansado de vivir entre traidores, y sólo deseo que arrojen la máscara para aplastarlos como venenosos reptiles.

La decision que revelaban las palabras del soldado, sus formas atléticas, la severidad de su mirada, infundieron pavor en los enemigos de Cortés.

Ninguno se atrevió á recoger el guante que les arrojaba aquel bravo soldado.

Cuando Anton Perez tuvo noticia de aquella escena, sonriéndose irónicamente.

—¡Pobrecillo!—exclamó.—¡No sabe ese valenton que á la fuerza bruta se opone la astucia! Ignora que una idea basta para destruir el ejército más aguerrido. Yo le demostraré con el tiempo lo equivocado en que vive.

Desde aquel momento consagró toda su actividad á sembrar la cizaña entre los habitantes de la poblacion.

Abusando del sagrado tribunal de la penitencia, se servia de él para sus bastardos fines.

Disculpaba sus malignas exhortaciones, asegurando que aunque repugnaba á su carácter sacerdotal inmiscuirse en aquellas disensiones, lo hacia impulsado

por la gloria de la conquista, que entrañaba para él el triunfo de la religion cristiana.

No le dieron estas intrigas el resultado apetecido.

Si él trabajaba con infatigable actividad para desprestigiar á Hernan Cortés, los amigos de este no descansaban tampoco en recordar á todos los beneficios que debian al caudillo y la obligacion en que estaban de demostrarle en aquella ocasion que no eran ingratos.

Con la tenaz persistencia que le distinguia, puso en práctica otro medio que le llevase al objeto que deseaba.

Trató por medio de la adulacion captarse las simpatías del licenciado Ponce; pero este, por un sentimiento intuitivo conocia que cuando hacia fray Fulgencio Celanova, que, como recordarán nuestros lectores, era el nombre bajo el cual ocultaba el suyo Anton Perez, obedecia al cálculo.

Una terrible peste que azotó á la ciudad arrebató la vida al licenciado Luis Ponce, de cuya muerte se alegró en extremo Anton Perez.

Hacia dias en que la atmósfera se notaba una gran densidad.

El calor era tan sofocante, que desecaban los rios más caudalosos.

El populacho mejicano, amotinado en las calles de la ciudad, aumentaba su furor al ver que las aguas seguian menguando.

Muchas casas fueron incendiadas.

Los depósitos de provisiones entregados al pillaje.

Las tropas españoles hacían supremos esfuerzos para contener á la multitud, aunque con escaso éxito.

Las casas que se libraron del incendio fueron saqueadas.

El hambre podía ser el resultado de aquellas escenas violentas.

Poco tardó en presentarse en la ciudad, llevando tras de sí á la peste su hermana.

El trigo, la fruta y hasta el agua, tan necesaria para la vida, todo faltaba á un tiempo.

Terribles padecimientos, nuevos crímenes, que nadie reprimía, una devastación progresiva convirtieron la ciudad en un cementerio.

Millares de hombres morían todos los días.

La muerte, que la peste estaba esparciendo, era el único remedio contra la agonía del hambre, y los vivos iban á buscar entre los cadáveres alimentos nocivos, que propagaban más y más el contagio y aumentaban sus estragos,

De las clases más humildes de la sociedad, el cruel azote no tardó en subir hasta el poderoso, el rico, hasta el egoísmo y la opulencia, que se habían creído al abrigo de todas las miserias humanas.

Los padres misioneros rivalizaban en celo y caridad evangélica, asistiendo á los invadidos de la peste y prestándoles los auxilios espirituales.

Hernán Cortés, que afortunadamente se libró del terrible azote, indicó á los religiosos la necesidad de

que se celebrasen solemnes rogativas para implorar de la Providencia que se apiadase de ellos.

Dichas rogativas tuvieron lugar en la iglesia Mayor de la ciudad.

Los españoles asistieron con gran recogimiento, siguiendo su ejemplo cuantos mejicanos se habían convertido á la religión.

Al salir del templo la atmósfera se había modificado por completo.

Las oraciones de los sacerdotes, las súplicas de los fieles, habían aplacado al Altísimo.

El ambiente era puro, el cielo despejado, brillante el sol.

Salía con toda majestad el astro luminoso, y se ponía con toda su gloria como en los días más serenos.

La primera disposición que adoptó el bachiller Marcos de Aguilar, á quien el licenciado Ponce nombró para sustituirle viendo que sus días estaban contados, fué dar sepultura á los cadáveres; pero cuidando de hacer la separación debida entre los que morían en el seno de la Iglesia y los que no habían querido abjurar de los errores de la idolatría.

A Luis Ponce de León se le hizo un entierro espléndido.

Hernán Cortés manifestó tanto sentimiento por su muerte como si hubiese sido su padre.

Sus restos fueron depositados en la iglesia de San Francisco.

De esta manera demostró Hernán Cortés á los

que en otro tiempo se habían atrevido á calumniarle villanamente, suponiéndole autor de conato de envenenamiento, que no guardaba rencor alguno al que había ido á residenciarle.

En la epidemia que había diezrado la ciudad, se notó un hecho que demostraba elocuentemente cuánto se interesaba la Providencia por la causa del ilustre héroe de nuestra historia.

De los españoles que le eran adictos no pereció uno sólo.

En cambio sucumbieron muchos de sus contrarios y la mayor parte de los que habían llegado con Ponce de Leon en la última expedición.

Entre estos debe citarse á fray Tomás Ortiz, provincial de los dominicos, que mereció recibir aquel castigo, por el mucho daño que quiso hacer al ilustre caudillo.

Apenas llegó á las Indias, hizo circular el rumor, para que se lo participasen á Cortés, de que Luis Ponce de Leon iba á destruirle del mando y á cortarle la cabeza.

Al propio tiempo extendió la noticia de que Hernan Cortés había tratado de envenenar al enviado del rey.

Se proponía con estos infames ardides sacar dinero al uno y recibir gracias del otro.

Pero Cortés no dió crédito á su aviso, y por lo tanto no le remuneró, y Ponce murió sin que le dispensase la menor protección.

Los incrédulos, los que dominados por la soberbia

quieren explicarse los inescrutables designios de la Providencia, creían natural lo que había sucedido á estos últimos, atribuyendo su muerte á que no estaban aún aclimatados.

¡Compadezcamos á los que así pensaban!

Capítulo LXVII.

Nuevas disensiones entre los amigos y adversarios del ilustre caudillo.

Después de la muerte de Luis Ponce de León, comenzó el bachiller Márkos de Aguilar á gobernar y proceder en la residencia de Cortés.

Esto dió origen á nuevas disensiones entre los amigos y adversarios de nuestro héroe.

—Ha hecho muy bien,—decían unos,—el desgraciado Ponce en nombrar quien le sustituyera en el mando; de este modo Cortés, que se creeria libre de la residencia, tendrá que sujetarse á ella.

—Y lo que es el bachiller es hombre de capacidad.

—¡Vaya! Y de energía y de gran iniciativa.

—Parece fabuloso lo que, gracias á su dirección,

se ha hecho en pocos días. El que recuerde cómo estaban las calles por consecuencia de los estragos de la epidemia, y vea cómo están ahora, no podrá menos de reconocer que ha desplegado gran actividad.

La conversacion se iba animando.

—Debemos apoyarle con todas nuestras fuerzas.

—Yo lo juro por lo más sagrado.

—Y yo.

—Yo también.

—Lo que me ha gustado más en él,—añadió otro,—es la dulzura de su carácter, la dignidad con que se conduce en todos los actos de su vida.

—No ha puesto en práctica medida alguna que obedezca el rencor ni á un vano alarde de mando.

—Decididamente es el hombre que nos convenia.

—¡Lástima y grande es que no haya venido antes!

—A ún puede hacer mucho bueno.

—O mucho me equivoco, ó vá á cambiar por completo la organizacion de estos países.

Como se vé los que así se expresaban eran enemigos de Cortés, y por lo tanto encontraban laudable cuanto hacia el encargado de residenciarle.

Los entusiastas partidarios del caudillo censuraban todos los actos del nuevo gobernador.

—¿Qué pedante y qué amigo de intervenir en todo es el mozo?

—Naturalmente, el que no está hecho á bragas...

—Yo hubiera querido verle cuando llegamos á conquistar estas tierras.

—Y tanto; ahora que nada hay que temer se puede lucir cualquiera.

—¿Tendremos tan poca dignidad que reconocemos en él autoridad?

—Hombre, ya has visto que Luis Ponce le instituyó su sucesor.

—¿Y quién era Ponce para conferirle semejantes poderes?

—Tienes razon; nosotros no debemos respetar más autoridad que la que dimana de nuestro monarca.

El cabildo de Méjico se reunió, y convocó á los procuradores de las otras ciudades.

Todos acordaron protestar contra aquel abuso y requerir á Cortés, en forma de derecho, ante escribano, para que tomase el gobierno como antes tenia en tanto que el emperador Carlos V decretaba quien le reemplazase.

Cuando el escribano notificó á Cortés el acuerdo del cabildo:

—Yo agradezco,—contestó,—la señalada merced que quiere hacerme, porque ella me prueba una vez más que todavía puedo contar con leales amigos. Pero como en ningun tiempo quisiera que ni aquí, ni en España, se atribuyera mi aceptacion al temor de que se me residencie, yo suplico, invocando la

sincera adhesion de que soy objeto, que siga en el mando el bachiller Márcos de Aguilar, y que todos le respeten como á mí propio.

El cabildo, ya que no pudo conseguir otra cosa, trabajó cuanto estuvo de su parte para que Gonzalo de Sandoval compartiese el mando con el bachiller Márcos de Aguilar.

Su objeto no era otro que el que hubiese una persona que pudiera interesarse por los asuntos de Cortés.

Pero Sandoval se negó tambien por consejo del caudillo.

El gobernador Márcos de Aguilar padecia una enfermedad crónica, que se agravó por el mucho trabajo que sobre él pesaba.

Su salud era cada dia peor, y el disgusto que le producía empezó á reflejarse en sus actos.

Dos meses despues de la muerte del licenciado Luis Ponce sucumbió tambien.

Contribuyó mucho á este doloroso resultado la pérdida de un hijo suyo, que falleció pocos dias antes.

En sus últimos momentos llamó á su lado al tesoro Alonso de Estrada.

—Mi vida se extingue,—le dijo con doloroso acento;—sólo siento no poderla emplear en el servicio de mi rey y señor. Preveo las consecuencias de anarquía que seguirá á mi muerte, y es deber mio evitarlo.

Os nombro gobernador y justicia mayor en nombre del emperador Carlos V. Que seais más ofortu-

nado que yo en este cargo, y podais llenar los deseos de nuestro querido monarca.

El esfuerzo que hizo para pronunciar estas breves frases le sumió en una postracion terrible.

Un estremecimiento general anunció que se hallaba en el estertor de la agonía.

Momentos despues habia dejado de existir.

Alonso de Estrada tomó posesion del mando.

Albornoz habia ido á España.

Los otros dos oficiales del rey estaban presos, como hemos dicho en capítulos precedentes.

Si el cabildo de Méjico y los partidarios de Cortés habian recibido con desagrado el nombramiento del bachiller Márcos de Aguilar, y se negaban á reconocer su autoridad, mayor oposicion hicieron al del tesorero Alonso de Estrada, elevado á una categoría que por ningun título debia ocupar.

—Esto ya pasa de raya,—decia uno.

—Abusan de la bondad de Hernan Cortés.

—Es natural que así suceda. En el mundo se toma la bondad por debilidad.

—Pues si él, por un exceso de delicadeza. quiere acatar á ese entrometido, nosotros no debemos reconocer su autoridad.

—Tienes razon; esto parece juego de compadres.

—Vamos á buscarle.

Salieron, en efecto, y apenas se presentaron á Hernan Cortés:

—Es inaudito lo que sucede,—le dijeron:—Luis

Ponce de Leon, por sí y ante sí, momentos antes de morir, nombró para sustituirle en el mando á Márcos de Aguilar.

—Más vale que haya tenido esa prevision; de otro modo se hubieran suseitado rivalidades entre los ambiciosos.

—¿Y vos pensais reconocer su autoridad?—el dijeron.

—No veo inconveniente en ello,—respondió Cortés con tranquilidad.

—Me asombra vuestra cachaza.

—¿Y qué he de hacer?

—Lo que aconsejan las circunstancias, lo que es la voluntad de todos los que no quieren que se malogren los beneficios de la conquista: aceptar vos ese puesto que os corresponde de derecho.

—Os doy las más expresivas gracias por frases tan laudatorias; pero tened presente que no debe asistirme semejante derecho, cuando nuestro emperador confiere ámplios poderes á otros para que vengan á residenciarme.

—Eso no pasa de ser el resultado de las intrigas de vuestros enemigos de la córte.

—Nada, nada; desechad vanos escrúpulos, y acceded á nuestros ruegos.

—Dejadme al ménos una hora para reflexionar.

—Nos parece bien la idea,—contestó uno, que se proponia aprovechar aquella tregua para convocar al cabildo.

Una vez reunido, se acordó, despues de un animado debate, que Sandoval tuviese iguales atribuciones que Alonso de Estrada en los asuntos del gobierno de Méjico, quedando á cargo de Hernan Cortés todo lo concerniente á los indios y á la guerra.

Capítulo LXXVIII.

Por tu ley y por tu rey...

La gobernacion de Méjico en la forma que hemos dicho, duró algunos meses.

Rodrigo de Albornoz, despues de la muerte del licenciado Ponce de Leon, y cuando se hallaba enfermo el bachiller Marcos de Aguiar, apenas supo que este nombraba para sustituirle en el mando á Alonso de Estrada, abandonó la ciudad imperial y se dirigió á España.

Comprendia que aquel nombramiento no seria bien recibido por los amigos de Cortés, y como enemigo irreconciliable suyo, queria influir en la córte para que se revalidase aquel nombramiento.

Llegó, pues, á palacio, y apenas se anunció, el rey le mandó entrar.